

gro. Al mismo tiempo que el tratado principal, se estipularon dos concesiones anejas, relativas, la primera, á Moldavia y Valaquia, y la segunda, á Servia.

Por temor á que fracasasen las negociaciones de Akkermann, Rusia é Inglaterra habían guardado absoluta reserva acerca del protocolo de cuatro de Abril; mas una vez desvanecido este recelo, solicitaron la adhesión de Austria, Prusia y Francia á sus acuerdos. Metternich, lleno de sorpresa y confusión ante la inteligencia anglo rusa, contestó mal humorado, declinando la invitación en nombre de su país, y Prusia, que aún no se atrevía á separarse de Austria, imitó la conducta de esta potencia. El gobierno francés se colocó en actitud diferente. Le empujaba la opinión pública á socorrer á los griegos y comprendía, al par, que era poco honroso para él dejar aminorarse la influencia de su patria en Oriente, permitiendo á Rusia é Inglaterra resolver por sí solas la cuestión helénica. Por otra parte, los dos gabinetes de Londres y San Petersburgo se manifestaban á cuál más solícitos con el de París, queriendo ambos apoyarse en él, como medio de mantener el equilibrio entre ellos. Francia, pues, se decidió, en principio, á no negar su concurso, declarando, el veintisiete de Enero de mil ochocientos veintisiete, que se uniría á Nicolás I y á Jorge IV para ofrecer y, en caso preciso, imponer la mediación á Grecia y Turquía. Metternich no se dió por vencido, aunque su estrella palidecía visiblemente, y trató de estorbar que se consumase la alianza de las tres potencias, presentando proposiciones capciosas y discurriendo expedientes habilidosos. Como ya todos le conocían muy bien, ningún resultado obtuvo con sus trapacerías, de suerte que, cuando se supo la toma de la Acrópolis de Atenas por los otomanos, Rusia, Inglaterra y Francia determinaron no aguardar más, y el seis de Julio del año últimamente citado, se ajustó y quedó firme el tratado de Londres, que debía tener por consecuencias la salvación y emancipación de los griegos. Como era de presumir que Turquía rechazase la mediación, las tres potencias convinieron en nombrar, si tal ocurría, cónsules en las principales ciudades griegas é imponer á ambas partes beligerantes un armisticio, al menos por mar, debiendo entenderse que esta medida no implicaba el estado de guerra con una ni otra.

Los griegos se apresuraron á adherirse al tratado de Londres; no así Mahmud, que, mantenido hasta última hora en sus ilusiones y halagado en su orgullo por Austria, rehusó con altanería su conformidad. En vista de su actitud, Codrington, Heyden y de Rigny, almirantes de las escuadras aliadas, después de perder algunas semanas en negociaciones inútiles con Ibrahim, atacaron á las flotas turca y egipcia en la rada de Navarino, el diez y ocho de Octubre. El combate no duró más que dos horas, siendo destruídas casi por completo las fuerzas navales otomanas. Seis mil hombres muertos, tres navíos de línea, diez y seis fragatas, veintiséis corbetas, doce bricks, y cinco brulotes, echados á pique, costó á los turco-egipcios su memorable derrota. Para poder conservar algunas naves que le quedaban, necesitó Ibrahim prometer no hostilizar con ellas á los helenos.

La noticia de la gran batalla llenó de júbilo á los griegos. No teniendo ya que temer nada de sus enemigos, al menos en el mar, multiplicaron sus ataques y extendieron sus operaciones, pensando que cuantos más territorios ocupasen, más podrían retener después, al señalarse los límites del nuevo Estado. Cuanto la noticia de la victoria de Navarino alentaba las esperanzas de los insurrectos, otro tanto exasperaba, en vez de abatir, á Mahmud, hasta el punto de hacerle caer en temeridad é imprudencia. Menos dispuesto que nunca á transigir con sus antiguos súbditos y á aceptar la mediación de los aliados, hizo pedir á las potencias firmantes del tratado de Londres una reparación ruidosa, por el insulto y las pérdidas que acababan de infligirle. Los embajadores de la triple alianza contestaron con una rotunda negativa, y redoblaron sus instancias para recabar el consentimiento de los ministros turcos á las proposiciones de sus soberanos. Persuadidos, al fin, de que no obtendrían lo que deseaban, recogieron sus pasaportes y salieron de Constantinopla, el ocho de Diciembre. Arrebatado de cólera el Sultán, desencadenó contra los cristianos, especialmente contra los rusos, la barbarie y el fanatismo musulmanes, al extremo de predicar la guerra santa, dirigiendo á los *ayans*, ó jefes de distrito, que mandó ir á Constantinopla, un manifiesto en que acusaba al gobierno de San Petersburgo de haber fomentado constantemente la insurrección en el territorio otomano, desde mil ochocientos veintiuno, y de haberle engañado en Akkermann, haciéndole creer que no se mezclaría en los asuntos griegos. Dando á entender el seberbio déspota que, si había tenido que soportar en mil ochocientos veintiséis condiciones humillantes, acallar sus quejas y aplazar su venganza, era llegada ya la hora de lavar el honor del Islam ultrajado, excitaba á los turcos á inspirarse en el ejemplo de sus antepasados, y aun á eclipsar las proezas de aquéllos con sus propias hazañas.

No estaba destinado á recibir publicidad este documento, tan poco comedido, y Europa ignoró su existencia durante algunas semanas. Sin embargo, el Czar conocía perfectamente cuáles eran las intenciones de la Puerta, y hallábase resuelto á no dejarse tomar la delantera. En su consecuencia, después de hacer confirmar y renovar el doce de Diciembre el tratado de Londres, pretendió arrastrar á sus aliados á la adopción de una serie de medidas, de carácter coercitivo mucho más enérgico que las precedentes, proponiéndoles, con fecha seis de Enero de mil ochocientos veintiocho: primero, ocupar á Moldavia y Valaquia con tropas rusas; segundo, emplear las flotas aliadas en bloquear á Constantinopla y á Alejandría, así como en expulsar á los otomanos de Morea; tercero, sostener á Capo de Istria, presidente, como sabemos, del Estado heleno, con cuantiosos socorros pecuniarios; cuarto, autorizar á los cuatro embajadores, acreditados antes en Constantinopla, á reunirse en Corfú, para abrir conferencias encaminadas á facilitar la pacificación.

Mientras tanto, Metternich tornaba á sus intrigas, deshaciéndose al mismo tiempo,



como de ordinario, en protestas de amistad y adhesión al gobierno ruso. El Czar puso su sinceridad á prueba, invitándole á usar de su ascendiente con el turco para traerle á términos de concordia. El canciller austriaco fingió complacerle; pero arreglóselas de manera que Mahmud continuó mostrándose intratable. Verdad es que, por aquellos días, esperaba el solapado diplomático ver desbaratarse pronto la triple alianza. El ocho de Agosto de aquel año, había muerto Canning, á los cincuenta y siete de edad, víctima de aguda dolencia, producida por el exceso de trabajo, y este suceso sensible é inesperado permitió al viejo partido tory recobrar el terreno perdido en el gabinete, del cual entró á formar parte Wéllington, que á los pocos meses, en Enero de mil ochocientos veintiocho, era nombrado primer lord de la Tesorería. El célebre general no simpatizaba con los griegos, y en vez de entusiasmarse con el brillante triunfo de Navarino, hizo que Jorge IV lo calificara de «acontecimiento desgraciado». A la sazón, tendía con ahinco á separar á Francia de Rusia, y su más vivo deseo era contrariar las disposiciones de Nicolás I. Esta actitud de Inglaterra alentaba á Metternich en sus manejos, y daba ánimos al Sultán. Sin embargo, desafortunadamente para ellos, en los momentos mismos en que Wéllington se encargaba del gobierno y dirección política de su patria, Villele, tan deferente siempre con la Gran Bretaña, era reemplazado por Martignac, el cual, así como sus colegas, anhelaba la emancipación de Grecia y tenía afán de estrechar su amistad con el imperio moscovita.

Libre el Czar del cuidado de la guerra persa con la celebración de la paz de Turkmanchaï, muy ventajosa para Rusia, y ardiendo en cólera al informarse del manifiesto de Mahmud, determinó no demorar por más tiempo su ansiada campaña contra Turquía. En vano trató Austria de contenerlo á fines de Abril, Europa estaba enterada de las intenciones de Nicolás, y el siete de Mayo, las tropas rusas empezaban á cruzar el Pruth. El gobierno británico tampoco pudo obtener de él sino la seguridad de no intentar nada en el Mediterráneo, sin ponerse de acuerdo con las flotas inglesa y francesa. Wéllington hubo de resignarse á dejarle obrar, y como se hallaban interrumpidas las conferencias de las tres cortes aliadas en Londres, de las que había resultado la convención de seis de Julio de mil ochocientos veintisiete, las declaró abiertas nuevamente, consintiendo, asimismo, en las negociaciones propuestas por Nicolás para ser seguidas en Corfú, las cuales comenzaron el nueve de Agosto. El general francés Maison, con quince mil hombres, ocupó la península de Morea. Ibrahim, que pocos días antes se había comprometido con Inglaterra á evacuar este territorio, no opuso resistencia y se retiró con sus tropas. Los turcos aparentaron querer defenderse; pero en seguida abandonaron las plazas marítimas que aun poseían en aquella región, y antes de finalizar el año de mil ochocientos veintiocho, el Peloponeso entero se encontraba libre de la dominación otomana.

La campaña de Rusia contra Turquía no fué al principio tan breve ni tan favorable á

los moscovitas como se había creído en Europa. Ciertamente es que Menchikof y Paskevitch no tardaron en alcanzar en Asia ventajas señaladas, arrebatando á sus enemigos en menos de seis meses, Anapa, Poti, Kars, Akhalkalaki, Akhaltzich y Ardahan; mas en Europa, donde debía decidirse la cuestión, no les sonrió tanto la fortuna. Sus tropas, mal armadas y no bien dirigidas, si se enseñorearon de Moldavia y Valaquia y atravesaron el Danubio, sólo á costa de mucho trabajo lograron apoderarse de Varna y no pudieron forzar el campo atrincherado de Chumla, en donde se habían establecido las nuevas milicias turcas, equipadas á la europea, para defender el paso de los Balkanes, y no tuvieron más remedio que levantar el sitio de Silistria y emprender hacia los principados una retirada desastrosa, que Metternich comparó hiperbólicamente con la de Napoleón en mil ochocientos doce.

El canciller austriaco no cabía en sí de gozo, y hablaba de formar una coalición para imponer la paz al emperador Nicolás. No opinaron como él las potencias con quienes era preciso contar, y hasta Prusia, que empezaba á desligarse de Austria, acogió mal la idea de intervenir. Fracasó, pues, el proyecto de Alianza anti-rusa, soñado por Metternich. Wéllington, empero, creyendo menos temibles por el momento las consecuencias del enojo del Czar é irritado por el bloqueo de los Dardanelos, que éste acababa de decretar *ex auctoritate propria*, meditó aprovecharse de las circunstancias para alejar á Francia de Rusia, instando al gobierno de Carlos X á entablar de común acuerdo negociaciones en Constantinopla, con objeto de conseguir la pacificación de Grecia. El gabinete de París no se manifestó contrario al pensamiento; pero alteró el alcance y sentido que tenía en la mente de Wéllington, poniendo como condición que no se diese paso ninguno sin obtener previamente el asentimiento de su común aliado. Ahora bien, Nicolás exigió que, antes de iniciar la proyectada negociación, la conferencia de Londres, donde estaba representado, fijase concretamente el programa de la paz. Así se practicó, y el veintidós de Marzo de mil ochocientos veintinueve, formóse en Londres un protocolo, conforme en gran parte con las proposiciones rusas, que debía servir de norma á los diplomáticos encargados de gestionar el arreglo. En virtud de los acuerdos adoptados por las potencias y discutidos en su mayoría en Corfú y en Paros, por Capo de Istria y los embajadores de las tres potencias coaligadas, el Estado helénico debía comprender la Morea, las Cícladas y la Grecia continental, hasta los golfos de Arta y de Volo, si bien Wéllington no aceptó estos confines sin hacer constar ciertas reservas; pues estimando peligrosa para las islas jónicas la vecindad inmediata de Grecia, deseaba que al Noroeste lindase el nuevo Estado con el Aspro-Potamo y no con el mar. Determinóse, asimismo, que la forma de gobierno fuese la monárquica constitucional, bajo un príncipe cristiano, que sería elegido la primera vez por las tres potencias contratantes, con el asentimiento de la Puerta. Finalmente, se estipuló que Grecia pagara al Sultán un tributo anual de un millón qui-